

MÓDULOS DE VIDEOCONFERENCIAS

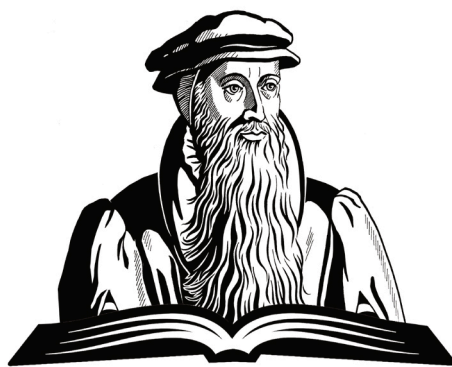
Teología Sistemática

Rev. Robert McCurley (ThM)

Módulo 2: La doctrina de Dios

Lección #1

Introducción



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con ánimo de lucro, a excepción de citas breves con el solo propósito de revisar, comentar o investigar, sin el permiso por escrito del editor, el Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son de la Santa Biblia, RV-SBT, copyright © 2023 por la Sociedad Bíblica Trinitaria.

Las traducciones de los documentos confesionales históricos, tales como, la Confesión de Fe de Westminster, el Catecismo Menor de Westminster y el Catecismo Mayor de Westminster fueron usados con el permiso de la Editorial de la Academia de Teología Reformada © 2024.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Rev. Robert McCurley es ministro del evangelio de la Greenville Presbyterian Church [Iglesia Presbiteriana de Greenville], en Taylors, Carolina del Sur; una congregación de la Free Church of Scotland (Continuing) [Iglesia Libre de Escocia (Continuada)], del presbiterio de los Estados Unidos de América.

www.greenvillepresbyterian.com

The image shows a header for a course. It features a background of classical stone columns. The title 'Teología Sistemática' is written in a large, white, serif font with a slight shadow effect. Below it, the subtitle 'Módulo 2: La doctrina de Dios' and the author's name 'por el Rev. Robert McCurley' are written in a smaller, white, serif font.

Teología Sistemática

Módulo 2: La doctrina de Dios

por el Rev. Robert McCurley

- 1. Introducción**
2. La naturaleza, los límites y los medios de conocer a Dios
3. Los nombres de Dios
4. El ser de Dios
5. Los atributos de Dios (1.^a parte)
6. Los atributos de Dios (2.^a parte)
7. Los atributos de Dios (3.^a parte)
8. La Trinidad
9. El decreto de Dios
10. La predestinación
11. La creación
12. La providencia



TS 2: La doctrina de Dios
por el Rev. Robert McCurley

Lección #1

Introducción

Alguien ha dicho, con acierto, que lo que viene a tu mente cuando piensas en Dios, es lo más revelador acerca de ti. Esto es verdad, y no debería sorprendernos, porque Dios es el primero y el último, el Altísimo, el más grande, el más glorioso. El hombre ha sido creado por Dios y para Dios, y existe para conocer, glorificar y gozar de Dios. Cuando los hombres invierten este orden, pensando que Dios existe para el hombre, y no al revés, terminan envueltos en idolatría y un mundo de iniquidad.

Una de las principales razones del debilitamiento de la iglesia hoy es el desconocimiento del Dios vivo y verdadero. Una visión superficial o distorsionada sobre Dios es una deshonra para él, que incapacita a los creyentes, corrompe la adoración, disminuye la santidad personal y el celo por servir sacrificialmente en la búsqueda del avance del reino de Cristo y su gloria. Nada es más importante que ver y conocer a Dios. El Señor nos ha dado las Sagradas Escrituras para que podamos llegar al verdadero conocimiento salvífico en Cristo.

Esta serie de siete módulos, o bloques, nos ofrecen un estudio introductorio de teología sistemática. En las primeras lecciones del primer módulo, presentamos un panorama general del alcance y propósito que pretendemos con estos siete módulos. Los primeros dos módulos —el anterior sobre los

primeros principios, en el cual abordamos en diez lecciones la doctrina de las Escrituras, y este presente módulo, dedicado a la doctrina de Dios— establecen los principios fundamentales, o axiomas, para lo que veremos después en nuestro estudio de teología sistemática. Todo lo demás se fundamenta y fluye de estos dos.

La doctrina de Dios, por supuesto, precede lógicamente a la doctrina de las Escrituras, ya que algo debe existir antes de poder ser conocido. Dios es el principio del ser, el fundamento de todo conocimiento. Sin embargo, comenzamos primero por la doctrina de las Escrituras, porque en teología sistemática llegamos a la doctrina de Dios mediante su propia revelación en la Escritura, por medio de Cristo, por el Espíritu. Es por eso que también la Confesión de Fe de Westminster comienza su primer capítulo con la Escritura, y acto seguido con el de Dios y la Trinidad.

En fin, el propósito de este presente módulo es conocer lo que la Biblia enseña acerca de Dios, lo que hay que saber de él, lo que Dios nos revela sobre sí mismo. Así que, si quieres adquirir un mayor conocimiento sobre quién es el Señor, estas lecciones podrán ayudarte.

Las lecciones de este segundo módulo sobre la doctrina de Dios son, al igual que las otras, introductorias, no exhaustivas; y tienen la intención de establecer el fundamento sobre el cual podrás seguir edificando con estudios posteriores. Pero esto no significa que vayan a ser fáciles. Siempre que pensamos en la gloria de Dios, estamos tratando con asuntos muy profundos, lo cual demanda de nosotros reverencia, humildad, diligencia y mucha oración para que el Señor abra nuestros ojos y podamos apreciar un destello de su gloria por la fe.

Como recordarás de nuestro primer módulo, teología significa el conocimiento de Dios. Así, en términos generales, la teología es el estudio del conocimiento de Dios y de todo lo que él nos ha revelado para creer y poner por obra. También vimos que es «la doctrina de vivir para Dios por medio de Cristo», y por tanto, ha de afectar a nuestra manera de pensar y de vivir. Pero también podemos utilizar la palabra «teología» de forma más específica, refiriéndonos únicamente a la doctrina de Dios, que, como ya sabemos, es el objeto de este segundo módulo. Es por eso que este tema dentro de la teología sistemática, es decir, «la doctrina de Dios», suele llamarse también «teología propia». Es el estudio de Dios mismo, para diferenciarlo, por ejemplo,

de la doctrina del hombre, de la doctrina de Cristo, la doctrina de la salvación, la doctrina de la iglesia, entre otras ramas de la teología sistemática.

Empezaremos, entonces, considerando un pasaje de la Escritura que nos introduce en lo que sería la doctrina de Dios. Esta lección introductoria será abordada, en primer lugar, desde una perspectiva escritural. Recordarás que en Éxodo 33, leímos que Dios quitó su tabernáculo, que era el símbolo de su presencia en el Antiguo Testamento. Él estaba quitando su tabernáculo de en medio del campamento de Israel y negándose a seguir avanzando con el pueblo. De modo que, Moisés fue, entró al tabernáculo, y se detuvo en la puerta para hablar con Dios.

Y entonces leemos el intercambio que ocurrió. El principal motivo de la súplica de Moisés para con Dios y de la intercesión por su pueblo, lo leemos las siguientes palabras, en Éxodo 33:13, cuando Moisés dice: «Ahora, pues, si he hallado gracia a tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, a fin de que halle gracia a tus ojos; y mira que esta gente es tu pueblo». Después, unos versículos más adelante, en el 18, vemos que repite esa misma petición: «Él entonces dijo: Te ruego que me muestres tu gloria».

Permíteme dirigir tu atención a un par de cosas aquí. Primero, por encima de todas las cosas, Moisés anhelaba la presencia de Dios y quería ver su gloria. Él sabía bien que no había ninguna posibilidad de llegar a la tierra prometida sin Dios. El haber sido liberados de la esclavitud de Egipto o el recibir por heredad la tierra que fluye leche y miel no eran nada en comparación con la presencia de Dios entre su pueblo.

Segundo, nótese que Moisés estima la capacidad de conocer a Dios y sus caminos como una gracia; algo tan valioso que no puede ser merecido ni adquirido. Él quiere entender los caminos de Dios, pero ver los caminos de Dios es solo un medio para algo mucho más grande y mejor. ¿Lo notaste? Él dice: «[Muéstrame] ahora tu camino, para que te conozca». Lo que él más quería era conocer a Dios.

Tercero, el clamor de su corazón era: «Te ruego que me muestres tu gloria». Ver la gloria de Dios era el fin más elevado y el privilegio más grande para Moisés. Y, sorprendentemente, Dios accedió a su petición. Pero Dios le dijo que él estaría escondido en la hendidura de una peña, que Dios lo cubriría con su mano, que pasaría por su delante, y luego él podría ver una mani-

festación de la gloria de Dios, de sus «espaldas», como dice el pasaje. Ahora, piensa en la descripción que se nos está dando aquí, porque hay muchas otras conexiones.

Cuando se nos revela la escena del cielo, vemos ángeles volando alrededor del trono, adorando a Dios. Pero, si miras cuidadosamente, si lees cuidadosamente, notarás que sus rostros están cubiertos, y que sus manos también lo están, así como sus pies. Aquí tenemos a seres creados sin ninguna mancha, que no han pecado jamás, que tienen el placer de estar en la presencia de Dios, alabarlos y tener una relación íntima con él; y, no obstante, están cubiertos, están como protegidos, de ver directamente la gloria de Dios.

Entonces, volviendo a Moisés, de nuevo, en el Antiguo Testamento, vemos que él se dirige al tabernáculo, se encuentra con Jehová, la columna de nube descendiendo, Dios le muestra su gloria a Moisés; y cuando sale de allí, el pueblo está atemorizado. ¿Por qué? Porque el rostro de Moisés resplandecía. Había sido iluminado como resultado de su comunión con Dios. Y, entonces, ¿qué dijo la gente? Le dijeron: «[Moisés, no podemos verte a la cara; cubre tu rostro con un velo]». Palabras similares a las leemos sobre los ángeles en el cielo. Entonces, aquí, en Éxodo 33, Dios está poniendo a Moisés en la hendidura de la peña, cubriéndolo. ¿Por qué? El Señor dice: «Porque [ningún hombre verá la gloria de Dios directamente] y vivirá». Aun así, con todo y con eso, se le permitió ver un destello, una manifestación de la gloria de Dios. Todo esto como respuesta al clamor de Moisés: «Te ruego que me muestres tu gloria».

Pero nótese también que en el siguiente capítulo, Éxodo 34, se nos cuenta el resto de la historia, en los versículos 5 al 7: «Y Jehová descendió en la nube, y estuvo allí con él, y proclamó el nombre de Jehová. Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: Jehová, Jehová, fuerte, misericordioso y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia y verdad, que guarda la misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo dará por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, sobre la tercera y sobre la cuarta generación».

Por último, fíjate en la respuesta de Moisés. Justo después, en el versículo 8, leemos: «Entonces Moisés, apresurándose —sin demora— inclinó la cabeza hacia el suelo y adoró». Por tanto, ¿cuál es la primera y más adecuada

respuesta al contemplar más la gloria de Dios, y crecer en un conocimiento salvífico de él? Bueno, de este texto aprendemos que es inclinarse y adorar a Dios. Debemos mantener esto siempre con nosotros.

En segundo lugar, debemos considerar este tema desde una perspectiva doctrinal, y lo haremos siguiendo ciertos puntos. Primero, vemos la prioridad de conocer a Dios. En esta primera lección, estamos introduciendo el tema de todo lo que vamos a estudiar. Esto es una prioridad. La prioridad y el principal anhelo que vimos en Moisés —«Te ruego que me muestres tu gloria»— se puede ver también en la experiencia de los hombres piadosos de toda la Biblia. Escúchalo en Jeremías 9:23 al 24: «No se alabe el sabio en su sabiduría, ni se alabe el valiente en su valentía, ni se alabe el rico en sus riquezas; mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque en estas cosas me complazco, dice Jehová». ¿En qué hemos de gloriarnos? Hemos de gloriarnos en conocer a Dios. Bien, Pablo retoma esta idea, en su primera y segunda epístola a la iglesia de los corintios.

En 1 Corintios 1:31 y, después, en 2 Corintios 10:17, leemos: «para que, como está escrito: El que se gloria, gloríese en el Señor». Vemos esto mismo en los Salmos. Un buen ejemplo sería el Salmo 27:4 escrito por David, el hombre conforme al corazón de Dios, donde dice: «Una cosa he pedido a Jehová, esta buscaré: que habite yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová y para inquirir en su templo». David dice: «[Hay una sola cosa que quiero por encima de todo, y es] contemplar la hermosura de Jehová». Esta idea está entrelazada en todo el libro de los Salmos. Fíjate en el Salmo 42, en el 43, 84, entre muchos otros más. En los Salmos cantamos sobre nuestro deseo de conocer a Dios.

Piensa en las palabras de Jesús, en Juan 17:3: «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien enviaste». Jesús resume la vida eterna en conocer a Dios. Piensa en Pablo y su anhelo, en Filipenses 3:8, y también en el versículo 10: «Y ciertamente, aun tengo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien lo he perdido todo y lo tengo por estiércol, para ganar a Cristo». Pablo está diciendo: «[Esto es lo que quiero. Todo lo demás es un lastre que se echa por la borda, en comparación con el conocimiento de Cristo]».

Y continúa diciendo, en el versículo 10: «a fin de conocerlo, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, hecho conforme a su muerte». Lo que vemos en Pablo es exactamente lo mismo que vemos tanto en las palabras de Jesús como en las del salmista, como también, por supuesto, en las de Jeremías, Moisés, y demás. Otro ejemplo lo tenemos en los Evangelios. Los discípulos, en Juan 20:20 —esto es después de la resurrección de nuestro Señor— leemos: «Y cuando hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor». Nada es más importante que conocer a Dios en Cristo, y ver su gloria. Esto debe ser prioritario para nosotros.

El segundo capítulo de la Confesión de Westminster está dedicado a la doctrina de quién es Dios y cómo debemos entender la Trinidad, el cual te animo a que revises por tu cuenta, porque estaremos citándolo en las lecciones siguientes. También lo puedes ver resumido en el Catecismo Menor de Westminster, que fue diseñado para que los niños aprendieran estas doctrinas. Allí encontramos, por ejemplo, en la respuesta a la pregunta 4, sobre qué es Dios: «Dios es Espíritu, infinito, eterno, e inmutable en su ser, sabiduría, poder, santidad, justicia, bondad y verdad». «¿Hay más de un Dios? No hay sino uno solo, el Dios vivo y verdadero». Esa es la pregunta y respuesta 5. Pregunta 6: «¿Cuántas personas hay en la Divinidad? Hay tres personas en la Divinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y estas tres personas son un solo Dios, las mismas en sustancia, e iguales en poder y gloria». Verás como el catecismo está intentando poner en la mente y el corazón de los niños, y del pueblo de Dios, esta hermosa prioridad de conocer a Dios.

Sin embargo, podemos profundizar aún más. Ya hemos establecido la prioridad, pero ahora podemos considerar la historia del mundo, rebobinándonos hasta el huerto, y desde allí hasta la gloria. Volvamos al huerto: el hombre es creado por Dios, hecho a imagen de Dios, para estar en comunión con Dios. Y se nos dice que fue puesto en el huerto que Dios diseñó para manifestar su presencia a su pueblo. Así que el hombre tiene este propósito, este único propósito, junto con otros grandes privilegios, todos ellos vinculados en la cercanía a Dios y el conocimiento de él.

A esto le siguió la pérdida y distorsión del verdadero conocimiento de Dios, dando lugar a la alienación de Dios, de modo que, en Génesis 3:8, leemos: «Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba por el huerto al aire

fresco del día, y se escondió el hombre y su mujer de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto». ¡He aquí Adán, escondiéndose de aquella voz que anteriormente amaba, la misma voz que le reveló la gloria de Dios y su voluntad para él! Ahora, en vez de acercarse al Señor, huye de él, y busca esconderse, torpemente, del Señor.

El hombre natural se halla en esta ruina. Leemos en 1 Corintios 2:14: «Mas el hombre natural no recibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura; y no las puede entender, porque se han de juzgar espiritualmente». O como dice el siguiente capítulo 3, versículo 18: «Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vosotros piensa ser sabio en este siglo, hágase necio para ser sabio». Entonces, vemos como Dios, en el huerto, había diseñado al hombre para tener un verdadero conocimiento espiritual de él y gozar de comunión con él, y cómo eso fue destruido con la caída.

Luego llegamos, por supuesto, al evangelio, y el evangelio nos lleva a la gloria. El evangelio es el conocimiento salvífico de Dios en Cristo: Dios acercándose a los pecadores a decirles quién es él y lo que él ha conseguido, de qué manera pueden ellos ser restaurados a la comunión con Dios, y cómo es la reconciliación que ha conseguido Cristo para Dios, cómo es la restauración y renovación del conocimiento espiritual, justicia y santidad que el verdadero creyente halla en el Señor Jesucristo. El evangelio nos devuelve el conocimiento salvífico de Dios.

Y eso, por supuesto, puede observarse hasta la gloria. Porque, ¿qué es el cielo? ¿qué es lo que hace al cielo, cielo? El poder contemplar la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. El sumergirse en el conocimiento de Dios, en un crecimiento perpetuo y eterno del conocimiento de Dios. Si vamos al final de la Biblia —hemos visto Génesis 2 y 3, pero ahora veamos Apocalipsis 21 y 22, los últimos dos capítulos—, en Apocalipsis 21:3 dice: «Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios». Aquí está Dios morando otra vez con su pueblo.

Versículo 7: «El que venza heredará todas las cosas; y yo seré su Dios, y él será mi hijo». El gran galardón que se le da a los creyentes, a la multitud de creyentes, es Dios mismo, el conocimiento de Dios. Lo puedes ver en el versículo 23: «Y la ciudad no tenía necesidad de sol ni de luna que resplandezcan en ella, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero era su lumbrera».

Así que, puedes ver cómo el estudiar la doctrina de Dios, junto con todas las otras doctrinas que se desprenden de ella, es absolutamente necesario para el cristianismo bíblico, para que la mente y la vida del cristiano sean bíblicas. Es importante que tengamos esto como fundamento en nuestras mentes y corazones.

En tercer lugar, necesitamos considerar la perspectiva polémica. Lo veremos brevemente. ¿Cuáles son las objeciones que suelen presentarse al estudio de la doctrina de Dios? Bueno, la primera que suele decirse es que se trata de algo muy abstracto, muy técnico, muy difícil, demasiado complicado. Lo que la gente está diciendo con esto es que ellos quieren lo fácil, algo que sea muy fácil de entender, algo que no requiera ningún esfuerzo, algo que no les cueste mucho pensar ni estudiar a fondo para ser capaces de entenderlo y adquirirlo.

¿Qué significa esto? ¿Qué dicen implícitamente las personas que presentan este tipo de objeción? Que ellos en realidad quieren un falso dios. Quieren un falso Dios, en lugar del conocimiento del Dios verdadero. Porque, puesto que el hombre es un ser finito —de capacidades limitadas— y un pecador, es decir, una criatura finita y pecadora, no podrá jamás comprender la gloria de un Dios infinito, ilimitado, inconmensurable. Es imposible. Es imposible para un hombre comprimir en su mente, por decirlo así, todo lo que hay para conocer sobre las profundidades del infinito ser de Dios.

Recuerdo que uno de mis hijos venía hacia mí, cuando apenas era un niño pequeño, y me preguntaba acerca del tiempo y de la eternidad. Él había escuchado en los sermones acerca de la eternidad futura, del cielo y del infierno, y entonces me comenzó a hacer preguntas sobre el tema. Entonces pudo darse cuenta de que la eternidad se trata de algo sin fin: si piensas en ello en términos de las unidades convencionales, cuando llegues a cien trillones de años en la eternidad, no creas que has llegado al final; es más, no has hecho más que empezar, porque el tiempo continuará más y más, hasta el infinito.

Entonces, mi hijo me hizo más preguntas, y así estuvimos hablando, hasta que se fue. Al poco tiempo después, vino diciéndome: «Papá, cuando pienso en la eternidad de Dios, y en la vida eterna, me duele la cabeza». Y yo dentro de mí pensaba: «Bien, así es, hijo. Tiene que costarnos pensar en cosas tan grandes, tan sublimes, tan gloriosas, como las que pertenecen a Dios».

Tal como veremos en este módulo, Dios es incomprensible. Lo conocemos, sabemos que el creyente puede conocerlo en verdad, pero lo que no es posible es conocerlo exhaustivamente, de una manera que solo Dios se conoce a sí mismo. Sabemos cuál es nuestro lugar, cuáles son nuestras limitaciones, y ahora seamos diligentes en meditar profundamente sobre asuntos que no son tan fáciles.

Una segunda objeción, muy similar a la primera, es la de aquellos que dicen: «Lo práctico es lo realmente importante. Eso es todo lo que importa. Dime lo que debo hacer, no lo que debo creer». Bueno, esto es tan terrible como lo anterior, y en algunos casos incluso peor que la primera objeción. ¿Dime lo que debo hacer, y no lo que debo creer? Si has pasado por nuestras lecciones anteriores, sabrás que lo que crees determina lo que haces.

No hemos de ser aquellos que tienen esa idea de una religión que sirve a mis intereses, que responde a mis necesidades cotidianas, que mejora mi rutina. El creyente es traído al conocimiento salvífico de Dios en Cristo, cuyo fin supremo es ver y conocer a Dios. Él es el fin en sí. Él es el galardón. Él es la bendición. De modo que, eso es lo primero y más importante.

Asimismo, es cierto también que sin el conocimiento de Dios, tu día a día será un desastre; porque mucho de lo roto, pecaminoso, rebelde y confuso que hay en tu vida cristiana puede estar relacionado en mayor o menor medida a un conocimiento incorrecto de quien es Dios. Conocer a Dios nos enseña cómo debemos vivir.

Una tercera objeción dice que solo conocer acerca de la salvación: «Háblanos, sí, del pecado. Háblanos, sí, de Cristo, y de lo que Dios ha hecho para nuestra salvación. Háblanos de cómo los pecadores pueden ser salvos. Con eso me basta». Pero esto también es un problema. Si esa es la manera en cómo piensan ciertas personas, no han entendido realmente lo que es la salvación, ni tampoco entienden lo que la salvación conlleva.

La salvación no es solo el perdón de los pecados o la vida eterna. La salvación es tener una relación salvífica con Dios. ¿Qué esposo diría: «No quiero conocer a mi esposa. No me interesa saber cómo es. Ni tampoco quiero entenderla»? Seguramente pensarías: «Si piensa así, es porque no la ama —e incluso dirías—, ¡qué actitud y pensamiento tan terrible por parte del tal!».

Ahora bien, ¿y cuánto más el creyente que está desposado con el Esposo celestial, el Señor Jesucristo, y que es amado por él? El amor demanda un deseo profundo de conocer al Amado, de poder contemplarlo, de pensar en él, de oír todo lo que nos quiere decir sobre sí mismo en su Palabra. Esta es la salvación, y por supuesto, nuestra gloria. La gloria es ser llevados al cielo, para tener un mayor conocimiento de Dios y una visión de su gloria. Decir que solo nos interesa saber acerca de la salvación, es decir realmente que no sabes nada de la salvación. Por lo tanto, ésta ni siquiera sería una objeción.

Ahora, en cuarto y último lugar, veremos la perspectiva práctica. Así es, incluso a partir de una introducción cómo ésta podemos extraer algunas aplicaciones prácticas. La primera es que el estudio de la teología sistemática implica el humilde acto de rendir nuestra vida a Dios, lo que, por supuesto, significa adorarlo y glorificar su nombre. De modo que, la aplicación principal que fluye de la doctrina de Dios es la adoración. Eso fue lo que vimos con Moisés, lo que vimos con los ángeles, que los ángeles tienen el alto privilegio y ocupación de adorar a Dios.

Asimismo, los pecadores redimidos, los que han sido traídos a la fe en el Señor Jesucristo, reciben también el mismo privilegio de los ángeles, que es alabar, contemplar y adorar a Dios. Esta será, tal y como vimos, la ocupación del creyente en el cielo también. Podemos recordar las palabras de Éxodo 15:11: «¿Quién como tú, Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en loores, hacedor de maravillas?». La primera aplicación práctica es la adoración.

La segunda, es que el conocimiento de Dios nos lleva a crecer en santidad. Piensa en las palabras de 2 Corintios 3:18: «Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo —subrayemos «espejo»— la gloria del Señor, —es decir, al contemplar la gloria del Señor— somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen, como por el Espíritu del Señor». ¿Ves a lo que Pablo apunta? Contemplamos en el «espejo», es decir, en la Palabra de Dios, la gloria del Señor, y somos transformados por el Espíritu Santo a su misma imagen. En otras palabras, nos convertimos en lo que adoramos. El Salmo 115 hace referencia a esto: los idólatras terminan convirtiéndose en lo que adoran. Los creyentes terminan transformándose en la imagen del Dios vivo y verdadero, al cual adoran.

La tercera, es que hay un gran consuelo y fortaleza que el Señor nos ofrece en la doctrina de Dios en los tiempos de prueba. Isaías vivió un tiempo difícil: la iglesia era un desastre, la nación estaba bajo grandes juicios; y cuando llegas a Isaías 40, allí ves las respuestas de Dios para su pueblo. El capítulo 40 describe las muchas maneras en que el pueblo de Dios puede cobrar ánimo y tener esperanza. En el versículo 9, dice: «Súbete sobre un monte alto, anunciadora de Sion; levanta fuertemente tu voz, anunciadora de Jerusalén; levántala, no temas; di a las ciudades de Judá: ¡He aquí vuestro Dios!». ¿Qué necesitaba Israel para hacer frente a las pruebas y dificultades? El Señor le dice a Isaías: «[Diles:] ¡He aquí vuestro Dios!».

Y al escuchar esto en Isaías, cabe preguntarnos, ¿qué sucede cuando contemplamos a Dios? Él es el rey que está sentado en lo alto, sobre el círculo de la tierra, y se nos dice que desde allí mira a las naciones como «polvo en la balanza» (v. 15), como «menos que nada» (v. 17), y a los habitantes como «langostas». Cuando contemplamos a Dios y su majestad, de repente esas enormes montañas y pruebas —grandes naciones con todas sus amenazas, grandes personas con todo su poderío— se ven reducidos a su justa medida, se ven infinitamente pequeños, completamente insignificantes. Y así llegamos al final de Isaías 40 —dejaré que leas el resto por tu cuenta—, donde encontramos un gran estímulo para el pueblo de Dios, para que sea fortalecido en medio de las pruebas.

La cuarta, es que la doctrina de Dios pone delante de nosotros una fuente de gran gozo. Esto es lo que vemos en el Salmo 16:8: «A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido». Escucha las palabras del versículo 11: «Me harás conocer la senda de la vida; plenitud de gozo hay en tu presencia, deleites en tu diestra para siempre».

La doctrina de Dios ofrece al pueblo de Dios los deleites más dulces, más exquisitos, más maravillosos que probaremos en este mundo; y todo eso no es nada más que un adelanto del gozo que le espera al creyente en la presencia inmediata de Dios en el cielo. ¿Es práctica la doctrina de Dios? ¡Sí, y en sumo grado, como acabamos de ver!

Pues bien, en esta lección introductoria, hemos establecido a partir de las Escrituras la importancia de la doctrina de Dios para el cristianismo bíblico y para la mente, la vida y la experiencia de cada creyente. En las siguientes lecciones de todo este segundo módulo de teología sistemática, estaremos

profundizando en más detalle sobre quién es Dios y qué nos ha revelado Dios sobre sí. Podemos prepararnos para ese momento buscando ser humildes como Moisés, y clamar a él: «Te ruego que me muestres tu gloria».